

intervención de ambos era la mayor garantía de que el lance no sería una farsa: ellos sólo llevaban a sus representados a matar o morir en el terreno.

La ironía popular, con fino gracejo, afirmó de los caballerescos próceres, que las empresas de pompas fúnebres les habían subvencionado para que agravasen las condiciones de los encuentros.

Inexictos los dichos del pueblo, quedaba sin embargo como verdad indubitable que, en los duelos por entrambos concertados, siempre reseltaba muerto o mal herido alguno de los contendientes. Lo cual espantó pronto la turba de caballeretes que a los dos amigos acudían para remendar su honor.

Pero un mal día, la entidad bancaria de que era consejero el marqués de la Oración declaróse en quiebra, y el prócer fué encarcelado en unión de sus compañeros de Consejo.

El de Maluenda entonces, juzgándose sin par, y en un raptó de vanidad y orgullo, al «SOY EL PRIMERO» de su divisa, añadió esta otra empresa: «NADIE ANTE MI». Que vino a completar el mote del blasón.

IV

El esclarecido aristócrata enfermó de tanta gravedad que en trance de muerte casi, y con pocas esperanzas de salvación, los doctores encargados de velar por tan preciosa vida, decidieron practicar la transfusión de sangre.

No existiendo aún en la capital del reino el altruista y benéfico cuerpo de *Donantes de sangre*, con que cuenta ya Londres, hubieron de conformarse los médicos, con el más robusto y sano de los dos individuos que se brindaron a ceder su rojo licor vital—cruer—para salvar al postrado duque.

El sabio doctor Platero fué el encargado de practicar la operación. En sus hábiles manos el *Transfusor* era como un delicado juguete que, burla burlando, le escamoteaba su presa a la muerte.

Inconsciente el enfermo por la gravedad de su estado, no pudo evitar que la Ciencia, atenta sólo a librar la vida, mancillara su sangre purísima y generosa, noble cien veces y un millar ilustre. Y cuya integridad importábale aún más que la existencia.

V

Convaleciente el duque, mostró vivos deseos de conocer a aquél que, sólo por el generoso impulso de su corazón, hábale cedido su sangre, salvándole de una muerte cierta.

Quería, de algún modo, patentizar su agradecimiento al desinteresado y altruista villano—por el doctor Platero supo que no era noble, ni hidalgo tan siquiera—que en humillante trance le tenía, negándose a aceptar estipendio alguno por su elevada acción.

—Con que me daba la vida me conformo por ahora—dijo al ad-